

Diego Fischer

CUANDO  
TODO PASE

Diego Fischer

CUANDO  
TODO PASE

 Planeta

Fischer, Diego

Cuando todo pase / Diego Fischer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.

336 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7376-8

1. Narrativa Uruguaya. I. Título.

CDD U863

© 2020, Diego Fischer

© 2020, Editorial Planeta Uruguay S.A.

Cuareim 1647, Montevideo - Uruguay

Diseño de tapa: Lucía Franco

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

1ª edición: julio de 2021

2.500 ejemplares

ISBN 978-950-49-7376-8

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de junio de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

# I EL VIAJE

Daniel Cibils nunca imaginó cómo cambiaría su vida en tan poco tiempo y jamás soñó que sería testigo del horror y el dolor de la guerra.

Aquel mediodía de setiembre de 1930, cuando la potente sirena del *Giulio Cesare* se oyó en el puerto de Montevideo y se expandió como un eco por la Ciudad Vieja, anunciando su partida rumbo a Barcelona, Daniel sintió tristeza y angustia. Tenía catorce años y hacía seis de la última vez que se había subido a un barco. Entonces él, sus cinco hermanos y su madre regresaban de Buenos Aires en el Vapor de la Carrera, pocos días después de haber enterrado a su padre, muerto a los cuarenta y cuatro años de una fulminante pulmonía.

Si bien el motivo que lo llevaba ahora a España, en primera clase y en uno de los transatlánticos más lujosos del mundo, era muy diferente, se le hacía inevitable asociar esta partida con aquel viaje.

El regreso a Montevideo significó para Daniel el ingreso abrupto al mundo de los adultos. Una infancia

truncada por el dolor y una familia destruida por una jugada del destino. Era uno de los seis hijos de Norberto Cibils Larravide y de Helena Salvañach, ambos orientales de abolengo y con parientes en las dos márgenes del Río de la Plata. Todos los hijos nacieron en Argentina. El matrimonio se había radicado en Buenos Aires en 1910, cuando Norberto fue designado gerente general del Banco Provincia, uno de los más antiguos e importantes de la vecina orilla.

La muerte no había estado en la mente de Daniel. ¿Acaso lo está en los pensamientos de un niño de ocho años, querido y rodeado del cariño de sus padres y hermanos? Sin embargo, desde que tuvo que enfrentarse al cadáver amortajado de su padre expuesto en la cama matrimonial, supo de qué se trataba.

Nunca se olvidaría de la habitación en penumbras sobre cuyas paredes se proyectaba la sombra de dos grandes cirios encendidos y en la que solo se oían el llanto descorazonado de su madre y el sollozo de sus hermanos mayores, arremolinados en torno a ella.

El recuerdo de esa conmovedora escena lo acompañó mucho, mucho tiempo. Y jamás olvidó su propio llanto, que estalló cuando una de sus tías lo tomó de la mano y lo acercó a la cama para que besara la frente helada y lívida del cadáver de su padre.

Diez años más tarde, al vivir en el infierno de la España de la década de 1930, comprendería que la noche

en que conoció a la muerte había sido una prueba a la que la Providencia lo sometió para preparar su espíritu. En los años por venir sabría de muchas muertes violentas, cruentas y sin sentido, como suelen ser las muertes de la guerra.

Viajar en el *Giulio Cesare* en primera clase era un privilegio del que solo podía gozar un selecto y adinerado grupo de personas. Un lujo que se daban reyes, jefes de Estado, matrimonios de fortuna, hombres de grandes negocios y diplomáticos de máxima jerarquía.

Su presencia se imponía en todos los puertos. Con casi dos cuadras de largo, estaba dotado con la más moderna tecnología de la época. Tenía capacidad para transportar dos mil cien pasajeros, trescientos en primera clase, cuatrocientos en segunda y mil cuatrocientos en tercera.

La primera clase parecía una prolongación de los hoteles más lujosos de Europa. Contaba con un comedor descomunal, donde a la hora de la cena las mujeres hacían alarde de su elegancia y los hombres acompañaban de rigurosa etiqueta. Las cenas eran banquetes preparados por chefs franceses en los que abundaba la mejor variedad de vinos y bebidas. Tal programa exigía a las mujeres hacerse confeccionar un vestuario especial y a los hombres poner en su equipaje una media docena de trajes, una docena de camisas y corbatas y, al menos, un frac y un *smoking*. La regla no escrita del *Giulio Cesare* era no repetir jamás la vestimenta. Si el pasaje de por sí era dispendioso,

no menos costosos resultaban los atuendos que había que llevar.

Los perfumes franceses flotaban en las galerías y en los salones más pequeños que se sucedían hasta el comedor. En la cubierta las fragancias también competían con el olor del mar; allí una gran piscina rodeada de reposeras y presidida por un bar congregaba a los pasajeros cuando el clima lo permitía.

Las noches terminaban a toda orquesta en el salón de baile. Eran tiempos en que el tango hacía furor, y al ritmo de *El choclo* o *La cumparsita* se armaban verdaderas competencias entre parejas uruguayas y argentinas. El final de la fiesta lo marcaban los temas musicales que Fred Astaire y Ginger Rogers comenzaban a hacer célebres.

Los camarotes nada tenían que envidiarles a las mejores suites del Ritz de París o de Madrid. Cruzar el Atlántico en la primera clase del *Giulio Cesare* era internarse por quince días en un mundo de lujo, sofisticación y —para algunos— ostentación.

\*

—¿Interrumpo tu meditación? —le dijo Daniel Castellanos a su sobrino al verlo con los brazos apoyados en la barandilla de la cubierta y los ojos perdidos en el horizonte.

—No, tío, solo miraba —respondió el muchacho e intentó aquietar su melena rubia que el viento alborotaba.

Castellanos lo abrazó. El sobrino ya lo había alcanzado en altura y para el viaje se había puesto pantalones largos por primera vez. Estrenaba un traje gris a medida confeccionado por Roberto Giliotti, el sastre más famoso de Montevideo. Con paternal cariño le preguntó:

—¿Te cuesta dejar Montevideo?

—Me cuesta alejarme de mis hermanos y de mi madre —contestó con ojos llorosos.

Castellanos le apretó fuerte el hombro con la mano derecha.

—Vamos, sobrino, no aflojes ahora. Lo que te espera es lo mejor para tu futuro. Tu madre no puede darte la educación que te merecés. Vas a estudiar en el Colegio Alfonso XII, el más prestigioso de España.

—Lo sé, tío. Y no tengo palabras para agradecerles a vos y a la tía Mercedes lo que han hecho siempre por mí.

—¡Sos nuestro sobrino y ahijado! ¿Acaso no te enteraste todavía de por qué te llamás Daniel?

Los dos largaron la carcajada.

—Ahora vamos a los camarotes a cambiarnos, antes de que tu tía nos mande buscar por el capitán para la cena. ¡Y a disfrutar! No todos tienen la suerte de viajar a Europa, y menos en un barco como este.